

lógica asentada en la meditación atenta y detenida de esas y otras fuentes. Estos opúsculos no son, por tanto, un tratado sistemático ni especializado sino el decantarse, fruto de años de estudio y docencia, de una visión unitaria y armónica —madura— del plan salvífico de Dios. De ahí la libertad con la que el autor se mueve por los diversos temas, las imágenes escogidas con las que continuamente ilustra la exposición y la expresión cuidada que descubre y abre al misterio.

M^a. Pilar Río

Armando BANDERA, *Sínodo-94. Entre Código y Cristología*, ed. San Esteban, col. «Glosas», n. 23, Salamanca 1994, 169 pp., 13,5 x 21

El A. ha expuesto en los últimos años, de modo particular tras la aparición de los *Lineamenta* del Sínodo de los Obispos, su opinión en torno a la naturaleza teológica de la vida religiosa. El libro que nos ocupa —recopilación de diversos artículos— recoge la sustancia de su posición, que en este caso viene impregnada de una lógica pasión por un tema tan querido para el A. El P. Bandera observa una discontinuidad entre la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la «vida religiosa» y los posteriores textos legislativos y doctrinales que se han ocupado de la «vida consagrada». De entrada, deja constancia de su reconocimiento y admiración por muchas cosas positivas que tanto en el CIC 83 como en los *Lineamenta* del Sínodo de los Obispos se dicen al respecto de los religiosos. Sin embargo, no oculta su inquietud por algunas cuestiones clave. Intentemos resumir su posición, aun con el riesgo de simplificar.

La fuente de toda la problemática, a juicio del A., se halla en el c. 207 del CIC 83. Según este canon «los únicos estados esenciales para la existencia de la Iglesia» (p. 65) serían el ministerio y el laicado. En cambio, el Concilio Vaticano II al tratar de la vida religiosa, «habla de un *estado* y es de ese estado, no simplemente de personas, del que afirma que pertenece, sin posible duda [inconcusse], a la vida y santidad de la Iglesia. No es un estado *intermedio*; es un estado original e irreductible que entra en la composición de la Iglesia por una 'puerta' distinta de la estructura jerárquica» (p. 66). Los religiosos, para el CIC, tendrían un puesto en la Iglesia, pero no *en cuanto tales*, sino en cuanto laicos o clérigos (cfr. p. 67).

Ahora bien, el Concilio, en la Const. dogm. *Lumen gentium*, habla de un «estado» de vida en la Iglesia que es la *vida religiosa*. En cambio, continúa el A., el CIC 83 cambia el sujeto en el c. 573 para hablar de *vida consagrada* «a la cual se aplica lo que el Vaticano II dice sobre vida religiosa, eliminando aquello en que los institutos seculares difieren de los institutos religiosos. Esto hace que, al menos desde el punto de vista teológico, el lenguaje esté envuelto en una especie de permanente confusión» (p. 61). Al A. le resulta inaceptable ese canon como definición *teológica* de la vida religiosa, pues elimina de la noción de vida consagrada todo lo que no se cumple en los institutos seculares; concretamente: «El Vaticano II enseña que la consagración *religiosa* incluye, por derecho divino, el ser un *estado* constitutivo de la Iglesia, el pertenecer a la presencia *pública* de la Iglesia en el mundo antes de cualquier legislación canónica y el exigir la renuncia al mundo, entendido en sentido positivo o como conjunto de realidades temporales, antes también de cualquier legislación canónica» (p. 62).

El A. señala también que la problemática se complica por lo que podemos llamar el concepto de «secularidad» que se maneja en el caso de los institutos seculares (cfr. p. 63). Si la vida religiosa se incluye bajo la común categoría canónica de «vida consagrada» entonces no se alcanza «lo típico de la renuncia religiosa *al mundo*; no es renuncia al mal, sino renuncia a un bien, al bien de gestionar lo temporal» (ibid). En consecuencia, no pueden contemplarse ambos modos de vida conjuntamente. El A. señala otro punto en esta relación entre vida religiosa e institutos seculares: «El n. 22 de *Lineamenta* está dedicado a los institutos seculares. Para caracterizar su peculiaridad, se los relaciona con los institutos religiosos y con el laicado en general, y se afirma que su 'secularidad consagrada (...) se encuentra en una misteriosa confluencia entre las dos corrientes poderosas de la vida cristiana y goza de las riquezas de ambas': esas dos corrientes son la vida religiosa y el laicado. Confieso que esta noción de 'confluencia', este situarse entre 'dos corrientes' —no se dice estados— me resulta un tanto alambicado y considerablemente oscuro. ¿Qué hay en la Iglesia que pueda servir de soporte a esa 'confluencia'? Entre vida religiosa y laicado, ¿hay una zona intermedia en que situar la 'confluencia'? No sé responder afirmativamente» (p. 75). Además, dado que los miembros de los institutos seculares no cambian su condición canónica (c. 711), la vida religiosa perdería su carácter de estado nuevo y original en la Iglesia. De hecho, lo que definen tanto el CIC 83 como los *Lineamenta*, la vida consagrada, «no existe en ninguna parte según la forma definida; existe sólo como instituto religioso o como instituto secular» (p. 64).

Por estas razones, el A. considera que el Sínodo convocado para tratar de la vida religiosa se encuentra ante una opción: «o aceptar que los religiosos sean situados eclesialmente, unos en el grupo

de los clérigos y otros en el de los laicos, o reformar sustancialmente el canon 207 y todo lo que de él se deriva, que es mucho». Propone que esa reforma se haga tomando el modelo del Código de las Iglesias Orientales, en el que no existe «una categoría que unifique institutos seculares e institutos religiosos; cada uno de estos grupos es independiente y recibe un tratamiento canónico independiente» (p. 69).

Hasta aquí lo que consideramos un resumen de la tesis del libro, ampliamente ilustrada y glosada a lo largo de sus páginas.

El tema posee una envergadura de la que no pretendemos aquí ofrecer un análisis detallado, ya que debería partir de un marco eclesiológico englobante. Algo hemos dicho al respecto (cfr. «Confer» 32 [1993] 119-133). En cualquier caso, el A. pone de relieve una serie de cuestiones importantes y no carece de razón en la constatación de los problemas. Ciertamente, muchos podrán no estar de acuerdo en algunas valoraciones coyunturales, o bien en su posición de fondo sobre la naturaleza de la vida religiosa. Pero quizá sea el mejor mérito del libro constituir una llamada de atención acerca de las implicaciones cristológicas y eclesiológicas de la vida religiosa. En este sentido, nos ofrece un texto para considerar atentamente.

J. R. Villar

Pedro LANGA (dir.), *Al servicio de la Unidad*. Homensaje a D. Julián García Hernando en su 50 aniversario de sacerdocio, ed. Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1993, 624 pp., 13,5 x 21.

Treinta y cuatro colaboradores, españoles y extranjeros, católicos y de otras confesiones cristianas y religiosas, se han